

LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE GUILLERMO III AL TRONO
DE INGLATERRA,

HASTA LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA.

1689 á 1776.

CAPÍTULO PRIMERO.

1689 — 1697.

NUEVA-INGLATERRA Y NUEVA-YORK.—PRIMERA GUERRA INTERCOLONIAL.

Subida de Guillermo III al trono, y sus importantes resultados.—Guerra con Francia.—Guerra intercolonial.—Arresto de Andros en Boston.—Conducta observada por el Massachusetts, Virginia, Maryland y Nueva-York, con motivo del advenimiento de Guillermo III.—Revolucion protestante en Maryland.—Jacobo Leisler y su trágico fin.—Principio de la guerra.—Ataque á Dover.—Frontenac, gobernador del Canadá.—Destruccion de Schenectady.—Espedicion contra Salmon Falls.—Relacion de un prisionero.—Proyecto para la conquista del Canadá.—Papel moneda.—Trágicos acontecimientos en Nueva-York y Massachusetts.—Nueva carta de Massachusetts.—La Brujería —Erróneas creencias.—Estraña historia.—Guerra en la frontera.—Desastres en Oyster River, en el fuerte de Pemaquid y en Haverhill.—Mrs. Dustin.—Ultima guerra.—La paz de Ryswick.

La subida de Guillermo III al trono es un suceso notable en la historia de Inglaterra, y que mas ó menos directamente tuvo una importante influencia en el desarrollo y progreso de las colonias americanas. No cabe duda que aquella nacion atravesaba entonces por una crisis grave, á la que era preciso atender con preferencia, y que aquel estado de cosas exigia todos los sábios conocimientos y enérgico carácter de los amantes de la patria y hombres de estado de la época, para salvar al pais de los tremendos males que amenazaban absorber y destruir hasta el último vestigio de la libertad constitucional. Era preciso resolver si prevaleceria, ya el despotismo juntamente con la dinastía de los desgraciados Estuardos, ó bien la libertad de las leyes y el orden en la supremacía de

la legislatura. La crisis fué resuelta y arregladas todas las cuestiones para lo futuro; el destronamiento de Jacobo II y la eleccion del Príncipe de Orange para el trono, declarado vacante, establecieron el Parlamento como poder supremo, ahogando para siempre toda pretension por parte del soberano encaminada á ejercer sin responsabilidad sus poderes y real prerogativa. «Al resolver de este modo, dice Mr. Brancroft, los representantes del pueblo inglés, se arrogaban el derecho de juzgar á sus reyes; al declarar el trono vacante, anulaban el principio de legitimidad; al desechar una dinastía por haber profesado la fé romana, no solo se tomaban el derecho de interpretar el primitivo contrato, sino que introducian en él nuevas condiciones; al elegir un rey, convertíanse en sus constituyen-

tes, y el Parlamento de Inglaterra llegó á ser la fuente de la soberanía para el pueblo inglés.»

Pero aunque la subida de Guillermo III al trono era un suceso de tan grande importancia para la madre patria, las colonias no participaron tanto como esperaban de los beneficios de aquel cambio. Hé aquí las palabras de Mr. Hildreth al hablar sobre este punto: «Robusteciendo el Parlamento y aumentando la influencia de la clase manufacturera, la revolucion inglesa esponia á las colonias Americanas al peligro creciente de tener que sufrir la tiranía parlamentaria, mucho mas enérgica, perseverante y opresora, y mas temible que la régia autoridad.» La política de Guillermo y el Parlamento no era favorable á los mejores intereses de las colonias, y no pasó mucho tiempo sin que se descubriera que el despotismo de la prerogativa real era aun mas tolerable que el del Parlamento. Guillermo III, á pesar de sus elevadas ideas acerca del poder de los reyes, parece que no combatió nunca las pretensiones de sus predecesores en el trono; y aunque es verdad que la tolerancia con todas las sectas protestantes llegó á ser una constante línea de conducta, tanto en las colonias como en el pais, tambien es cierto que el encono contra los católicos romanos se aumentó notablemente con el destronamiento de Jacobo. La guerra con Francia, que estalló poco despues de la subida al trono de Guillermo, dió lugar á que se agriasen los resentimientos así nacionales como religiosos, y las colonias se vieron naturalmente envueltas en un peligroso conflicto con sus vecinos los franceses del Canadá, conflicto que les hizo contraer pesados gastos y considerables deudas y hasta el sacrificio de muchas vidas.

Ambos partidos se mostraron desde un principio ansiosos por la lucha, pues tanto

Nueva-Inglaterra como los colonos franceses tenian sus proyectos de conquista y progreso. Proponianse los últimos monopolizar el comercio de peletería, seguro medio de comunicacion con el Mississippí, arrojando luego á los ingleses de las pesquerías de los bancos de Terranova, en tanto que la primera esperaba, y al parecer no sin razon, despojar á los franceses de todas sus ventajas, y aun espulsarlos completamente del pais. Los dos partidos, que eran tambien nacional y religiosamente enemigos, estaban pues preparados para empeñarse en una sangrienta lucha con desapiadado corazon é indescriptible ferocidad.

Antes de entrar, sin embargo, en los detalles de la guerra intercolonial, rogamos al lector fije su atencion en diversos hechos que precedieron á aquella en el órden regular de los sucesos.

A principios de abril de 1689, llegó á Boston por la via de Virginia la noticia del desembarco de Guillermo de Orange en Inglaterra. Resentidos como estaban aquellos habitantes por las severas medidas de Andros, no es de estrañar que la noticia causase una gran excitacion, que se aumentó cuando aquel, afectando no creerla, hizo encarcelar á los que la publicaron. La cólera del pueblo habia llegado á su colmo, y el 18 de abril, al desembarcar el comandante de la fragata *Rosa*, que estaba á disposicion del gobernador en el puerto, fué cogido por la multitud, así como tambien el sherif, que trató, aunque en vano, de dispersar las turbas. Toda la ciudad se puso entonces en movimiento; reunióse la milicia en derredor de sus jefes; la multitud se apoderó del bote de la fragata cuando vieron que llegaba para recoger á Andros, y como quiera que éste acababa de refugiarse en el fuerte, el pueblo apuntó contra él los cañones de la batería. No hubo medio de re-

sistir, y Andros, obligado á rendirse, fué conducido á la prision. En aquel momento, y como acertara á presentarse casualmente ante la multitud el anciano Simon Bradsreer, que contaba ya ochenta y siete años y se habia distinguido honrosamente en el desempeño de un cargo público, fué proclamado gobernador por unanimidad. Este repentino motin, merced al cual cayeron en poder de los insurgentes el castillo y la fragata, fué secundado vigorosamente por los habitantes de las comarcas vecinas, que corrieron presurosos á Boston para auxiliar á sus hermanos de la ciudad. La noticia de este suceso circuló con la rapidez del rayo y bien pronto se supo en Plymouth, Rhode-Island y Connecticut, donde ocurrieron motines semejantes. En este último punto, el pueblo exigió que se pusieran en ejecucion las disposiciones de la carta, nombrando gobernador á Roberto Treat; y en Rhode-Island, aunque fué difícil encontrar personas que quisieran encargarse del gobierno, nombróse por fin para este puesto á un cuáquero de carácter enérgico llamado Enrique Bull.

En Massachusetts hubo encontradas opiniones en cuanto á si convendria reformar la carta: la mayoría del pueblo lo deseaba así; pero la Junta de Salvamento no quiso adoptar esta medida, y se creyó que lo mejor seria esperar un poco, enviando interinamente agentes á Inglaterra para que abogasen por la colonia. Ashurt, Cooke, Oats y Mather fueron los encargados de esta comision.

Aunque la noticia de haber ocupado el trono Guillermo, llegó á Virginia antes que á ninguna otra parte, el Consejo no quiso apresurarse en tomar medida alguna á pesar de los deseos del pueblo, que abrigaba el temor de que dominase una dinastía papal. Hasta fines de mayo no fueron

proclamados Guillermo y María, *Señor y Señora* de Virginia.

Tambien hubo en Maryland un levantamiento, cuyo principal objeto era combatir la dominacion católica romana, y circuló el rumor de que los representantes de la autoridad acababan de concertarse con los indios para degollar á todos los protestantes (*). Juan Coode, que poco antes tomó parte en la insurreccion de Fendal, se puso á la cabeza de los descontentos, formando **1689.** una *Asociacion para la defensa de la religion protestante*.

Las dilaciones del Consejo, antes de proclamar á Guillermo y María, causaron un descontento general, y favorecieron los designios de Coode. Este y sus confederados convocaron una Junta, que habiéndose reunido en el mes de agosto, depuso á Lord Baltimore y proclamó al nuevo rey y á la reina en Maryland. Nombróse tambien una comision para que fuese á felicitar á Guillermo y María, y por espacio de tres años, el pueblo de Maryland, á causa de la deplorable tolerancia del rey al consentir la insurreccion, se vió sujeto á la despótica tiranía de aquellos que habian empuñado las riendas del gobierno. «De creer es,» dice Chalmers, «que Guillermo no reflexionó entonces por que su pensamiento estaba ocupado esclusivamente en proyectos de conquista; porque á fin de acrecentar su poder del momento, consentia transacciones, que en tanto que privaban á un individuo de sus derechos,

(*) No se ha escrito aun con la debida exactitud y estension ninguna historia de la revolucion protestante en 1639; pero es evidente que fué el resultado de un temor producido por la mas inicua falsedad que jamás se inventara con objeto de perjudicar á cualquier partido religioso ó político. Tal es la especie de que los católicos romanos habian fraguado una conspiracion con los indios para degollar á los protestantes.—Véase la obra de Mr. George Lynn, titulada: *Day Star of American Freedom*, pág. 87.

contrariamente á la ley, engendraban un espíritu revolucionario que debia conmovir mas adelante el trono en que se sentaba (*).»

En New-York habia tambien en aquella época mucho movimiento y reinaba la mayor excitacion política. El ardiente espíritu de protestantismo se exaltó con la noticia de que Guillermo de Orange era rey de Inglaterra, y el pueblo se alzó entusiasmado para proclamar su autoridad. Jacobo Leisler, comerciante de New-York y capitán de tres compañías libres, de las que era coronel Bayard, tuvo que acceder á las reiteradas instancias del pueblo, que tumultuosamente se agolpó á las puertas de su casa pidiéndole se encargara de la direccion de los negocios públicos, pues corria el rumor de que se estaba tramando una conspiracion para asesinar á cuantos se mostrasen favorables al rey. Nombróse un gobierno provisional, y Leisler, revestido de la autoridad que acababan de conferirle hasta que llegasen órdenes del monarca, procedió á proclamar á los reyes á son de trompeta. El noble y leal capitán Leisler escribió en seguida una carta al soberano dándole cuenta de sus actos y de las causas que le habian obligado á obrar. Viéndose Bayard despojado de su autoridad, así como tambien Nicholson, el gobernador, retiráronse ambos á Albania, donde se hicieron fuertes contra Leisler y sus partidarios; pero la catástrofe de Schenectady obligó á los descontentos á someterse á su odiado enemigo y á pedirle auxilio y proteccion. El rey no contestó á la carta de Leisler: pero en 1688 nombró al coronel Enrique Sloughter, gobernador de New-York. Sloughter, sin embargo, no fué á tomar posesion de su destino hasta el mes de marzo de 1691, y habiéndose

(*) Introduccion á la Historia de la Revolucion de las colonias Americanas, vol. 1, pág. 205.

avistado con Ingoldsby, capitán de las tropas que llegaron antes que el gobernador, aquel le indujo á que arrestase á Leisler y le hiciera juzgar ante sus implacables enemigos. Por un insolente sarcasmo de la justicia, Leisler y Milbourne, su yerno y principal sócio, fueron condenados á muerte como rebeldes y traidores; pero Sloughter vaciló en ordenar la ejecucion de un hombre que se habia distinguido por su celo en la causa del rey Guillermo y en la del protestantismo. Sin embargo, aquellos que ansiaban la muerte de Leisler obtuvieron al fin que se firmase el decreto fatal, aprovechando un momento en que el disoluto Sloughter se entregaba á los excesos de la bebida al terminar un banquete. Esto sucedió en uno de esos tormentosos dias del mes de mayo, que en aquellos climas infunden profunda tristeza, y aunque los encargados de llevar al sheriff la terrible misiva lo hicieron con el mayor sigilo, los soldados de Ingoldsby, que formaban la carrera para contener á la gente, al ver avanzar el coche con los reos, pusieron en conocimiento del público cuál era el terrible drama que se iba á representar. El pueblo corrió al sitio de la ejecucion, el cual, debemos consignarlo en honor á los hijos de New-York, se hallaba en el último extremo de lo que desde entonces se llamó el Parque, donde el agua cristalina de una fuente ha sustituido á la sangre que allí vertió un mártir. Leisler y Milbourne subieron juntos al cadalso, y al alcance de su voz hallábanse aquellos que mas habian acelerado tan tremendo desenlace. La noble altivez de Milbourne apenas pudo tolerar la insultante presencia de unos hombres que eran la causa de su ignominiosa muerte, y dirigiéndose en voz alta á un caballero, que en su concepto era el que se mostrara mas hostil, exclamó: «¡Roberto Livingston, yo te emplazo por tu criminal

condueta ante el tribunal de Dios! (*) Leisler, profundamente afectado por el trágico fin de su yerno, murió declarando que era inocente. Algunos años despues espidióse un acta de rehabilitacion y los herederos de las víctimas obtuvieron los bienes que les habian sido confiscados. Ahora es opinion general que cualquiera que fuesen los errores ó la ignorancia de Leisler, no merecia la muerte, y que por consecuencia, fué asesinado judicialmente.

Persuadido el rey de Inglaterra de que las colonias del Norte tenian suficiente fuerza para luchar con sus vecinos los franceses, desechó una proposicion que le hizo Luis XIV para que se conservasen neutrales sus respectivas colonias, y no quedando ya otra alternativa, estalló de allí á poco la guerra entre ambas partes con inusitada furia.

Apenas se supo en América la declaracion de guerra entre Inglaterra y Francia, el Barón Castin, creyó seria fácil inducir á los indios á que rompiesen las hostilidades. Al terminarse la guerra con Felipe de Pokanoket, unos trece años antes, cogióse traídoramente una partida de 300 indios, los cuales fueron luego vendidos como esclavos, una vez firmada la paz. El ajuste se hizo en la casa del Mayor Waldron en Dover, y los indios conspiraron entonces tenebrosamente para vengar la afrenta. Algunas personas se habian acercado á Waldron, advirtiéndole que se sospechaba que los indios tenian siniestras intenciones; pero el Mayor les contestó que se fuesen á plantar sus calabazas, pues ya tendria él cuidado de avisarles cuando hubiera algun peligro. La víspera misma del ataque, volvieron á decirle algunos, poseidos de la mayor inquietud, que la

(*) «Administracion de Jacobo Leisler,» por C. F. Hoffman, vol. III, pág. 227.

ciudad estaba llena de indios, mas él sin imutarse en lo mas mínimo replicóles, «que conocia muy bien á los indios y que no temiesen ningun peligro.» Conforme á la costumbre adoptada en tiempo de paz, los indios que traficaban con los habitantes, solian pedir y obtener alojamiento por una noche. A la caída de la tarde de aquel dia dirigiéronse dos de aquellos á la casa de Waldron, y pidieron permiso para pasar la noche junto al hogar, lo cual les fué concedido inmediatamente, lo mismo que sucedió en todas las demás casas escepto una. Llegadas que fueron las altas horas de la noche, y cuando todos se hallaban entregados al sueño, levantáronse los dos salvajes, abrieron las puertas sin hacer el menor ruido, y haciendo una señal, aparecieron al momento otros indios en el mayor silencio, los cuales, despues de poner centinelas en la salida, lanzáronse á una habitacion donde dormia Waldron. El anciano, que contaba ya setenta años, se despertó al oír ruido, lanzóse inmediatamente sobre su espada y rechazó valerosamente á sus enemigos hasta las habitaciones interiores; pero en aquel momento, un indio le dió un golpe con su hacha, dejándole aturdido. Lanzáronse entonces sobre él sus adversarios, y arrastrándole hasta el salon, le obligaron á sentarse sobre una mesa. «¡Juzga ahora lo que son los indios!» esclamaron sus verdugos con aire insultante; y al pronunciar estas palabras, cada uno de aquellos salvajes, desenvainando su cuchillo, hirió á la víctima en el pecho y el cuello, diciendo:—«Así saldo yo mi cuenta.» Acribillado de heridas y debilitado por la pérdida de sangre, el infeliz Waldron, cayó pesadamente de la mesa, pero antes que su cuerpo llegase al suelo, uno de los atormentadores puso su sable de punta para recibirle y le atravesó de parte á parte dejándole muerto en el acto, con lo cual ter-